

## Borges, Whitman, y el doble

Rolando Costa Picazo •  
UBA, UNC, UB

### Resumen

Borges y el tema del doble. Presencia del tema en cuentos y poemas. Preferencia de Borges por Robert Louis Stevenson. El doble y el espejo. Borges y Whitman. Dos dobles: el tradicional, o doppelgänger, y la compenetración, o coexistencia, de dos autores, en este caso Borges y Whitman.

102 103

### Palabras clave:

· Borges · Whitman · El doble

### Abstract

Borges and the theme of the double. Presence of the theme in stories and poems. Borges's preference for Robert Louis Stevenson. The double and the mirror. Borges and Whitman. Two kinds of double, the traditional one, or doppelgänger, and the coexistence, or compenetration, of two authors, in this case Borges and Whitman.

### Key words:

· Borges · Whitman · The double

• Miembro de la Academia Argentina de Letras y Profesor Consulto Titular de Literatura Norteamericana de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). También es Profesor Titular de Poesía Angloamericana y de Literatura Comparada en la Maestría en Inglés y de Crítica de la Traducción de la Maestría en Traductología de la Universidad Nacional de Córdoba. Dirige la Maestría en Traducción de la Universidad de Belgrano. Ha recibido doctorados en la Nottingham University (Inglaterra) y en Michigan State University (EEUU). Ha traducido más de cien obras en prosa del inglés al español y cinco tragedias de Shakespeare con estudio preliminar y notas. Al inglés ha traducido la Cantata de Bomarzo de Alberto Ginastera y Manuel Mujica Láinez.

Es autor de dos libros, *W.H. Auden, los primeros años* y *Borges, una forma de felicidad* y de numerosos artículos en su especialidad, publicados en Argentina y en el extranjero.

En *El hacedor*, de 1960, Borges da expresión al tema del doble, que puede ubicarse dentro de su apasionamiento por las simetrías, las duplicaciones, los espejos. “Al destino le agradan las repeticiones, las variantes, las simetrías”, dice en “La trama”, también de *El hacedor*, simetrías que incluyen sueño y vigilia, apariencia y realidad, *everything and nothing*, el individuo y la especie, el arte y la vida. “La trama” comienza con la muerte de César, “acosado al pie de una escalera por los impacientes puñales de sus amigos”, y finaliza con el eco de esa escena diecinueve siglos después en el sur de la provincia de Buenos Aires, donde un gaucho, agredido por otros gauchos, al caer reconoce entre sus atacantes a un ahijado suyo, y exclama, con “lenta sorpresa”: “¡Pero che!” (palabras que hay que oír las y no leerlas, recomienda Borges). Comenta el maestro: “Lo matan y no sabe que muere para que se repita una escena” (Borges II, p. 171).

El tema del doble, o *Doppelgänger*, es de especial interés para Borges. No es casual que entre sus textos favoritos estén “William Wilson”, de Poe, *Dr. Jekyll y Mr Hyde*, de Stevenson, y *El retrato de Dorian Gray*, de Wilde, todos relatos en que el doble es central. Es el tema del cuento “El otro”, de *El libro de arena*, de 1975, donde el Borges de setenta y cinco años conversa con el Borges joven de 1934. Lo dice específicamente al referirse al cuento en el Epílogo de *El libro de arena*:

[“El otro”] retoma el viejo tema del doble, que movió tantas veces la siempre afortunada pluma de Stevenson. En Inglaterra, su nombre es *fetch* o, de manera más libresca, *wraith of the living*; en Alemania, *Doppelgänger*. Sospecho que uno de sus primeros apodos fue el de *alter ego*. Esta aparición espectral habrá procedido de los espejos de metal o del agua, o simplemente de la memoria, que hace de cada cual un espectador y un actor. (Borges III, p. 72)

Resulta revelador que entre tantos escritores que trataron el tema del doble elija a Stevenson, que en la Declaración que antecede a *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*, de 1886, hace decir a su personaje, el Dr. Jekyll, que él logró finalmente acercarse a la verdad de que, “en realidad, el hombre no es uno, sino dos”. El caso de Stevenson es doblemente interesante fuera de su ficción. James Pope-Hennessy titula su biografía de Stevenson *The Two Stevensons*. Su premisa es que Stevenson abrigó en realidad el desdoblamiento que luego novela: por una parte era un hombre de letras y un caballero respetable, un victoriano eminente que frecuentaba el Savile Club de Londres, amigo de destacadas figuras literarias del momento, como Henry James, y por la otra un bohemio incorregible y un hombre primitivo que se rodeó de salvajes en Samoa. Encarnaba, en sí mismo, la dualidad esencial del hombre. Al mismo tiempo, como escritor, fue autor de cuentos para niños y adolescentes, y de espeluznantes narraciones góticas.

Borges rinde un homenaje anónimo a Stevenson al titular uno de sus cuentos, y usarlo para el título del volumen, *El informe de Brodie* (1970). El cuento es un relato de una vida doble. Precisamente, una pieza teatral de Stevenson, de 1884, publicada en 1892, se llama *Deacon Brodie or The Double Life*, germen de su novela posterior sobre el tema del alter ego. La pieza teatral, un melodrama sobre un personaje real de Edimburgo —la ciudad de Stevenson— que era un excelente ebanista, por cuya eminencia le decían “diácono”, pero que se dedicaba a duplicar llaves y robar casas. Fue ahorcado en 1788.

Muchos de los cuentos y poemas de Borges incluyen el tema del doble, como “El Sur”, por ejemplo, un cuento marcadamente autobiográfico, cuyo protagonista trabaja en una biblioteca municipal, igual que su autor, también como él se golpea la frente contra un batiente y está a punto de morir de una septicemia. Mientras viaja en el tren piensa que “era como si a un tiempo fuera dos hombres” (Borges I, p. 527), y el duelo criollo del final, que pone fin a su vida, es algo que Borges en ese momento hubiera aceptado de buen grado, porque tenía que ver con el culto del cuchillo y del coraje que tanto lo obsesionaba.

Veinte años después, en un poema de *El otro, el mismo*, titulado “El tango”, en la última estrofa Borges rememora el final mítico en que su doble muere vicariamente en un arrabal del Sur:

El tango crea un turbio  
Pasado irreal que de algún modo es cierto,  
El recuerdo imposible de haber muerto  
Peleando, en una esquina del suburbio.

En “Los teólogos”, buen ejemplo de ese entrecruce genérico entre cuento y ensayo, característico de Borges, se citan los libros herméticos, donde está escrito que “lo que hay abajo es igual a lo que hay arriba”, “que todo hombre es dos hombres y que el verdadero está en el otro” (Borges I, p. 553), y finalmente que “el ortodoxo y el hereje, el aborrecedor y el aborrecido, el acusador y la víctima” son una misma persona (Id. p. 556). En “La forma de la espada”, de *Ficciones*, el valiente y el cobarde, el héroe y el traidor serán, uno y el mismo, Vincent Moon.

El horripilante y magnífico cuento “El Evangelio según Marcos” (*El informe de Brodie*, 1970), narra la repetición del sacrificio de Cristo por unos campesinos analfabetos que, por obsesión o venganza (o ambas a la vez) preparan una cruz para el personaje central, Baltasar Espinosa, a quien transforman en el doble de Jesucristo. Quizás Espinosa voluntariamente se entregue al sacrificio, igual que Jesucristo, que –según reza en el cuento– “se hace crucificar en el Gólgota”.

Otro cuento en torno al doble es “Tema del traidor y el héroe”, de *Ficciones* (1941), en el que el personaje central, Fergus Kilpatrick, encierra en su persona una dualidad, pues es patriota y delator, héroe y traidor. El cuento juega también con simetrías y paralelismos, ya que la muerte en el teatro es un eco de la de Lincoln, y fue mucho antes prefigurada por Shakespeare en *Julio César*. Por otra parte, Kilpatrick recuerda a Macbeth, también héroe y traidor, que primero es héroe, victorioso en la batalla, luego traiciona a Duncan, su rey, pero finalmente muere como un valiente. Asimismo Kilpatrick acepta desempeñar su rol teatral de héroe para ser recordado como un mártir patriota.

El título mismo de uno de sus poemarios, *El otro, el mismo*, de 1964, alude al tema del doble, y vuelve a él una y otra vez. En “Yo” (de *La rosa profunda*, 1975), su ser es el del momento presente y a la vez el que guarda la memoria, y más raro le parece ser “el hombre que entrelaza / Palabras en un cuarto de la casa”. En “Poemas de los dones” (de *El hacedor*), hay un eco del final de “Borges y yo”. , en que el poeta se pregunta: “¿Cuál de los dos escribe este poema / De un yo plural y de una sola sombra?” También el final del poema “Límites” (de *El otro, el mismo*), alude al desdoblamiento entre el Borges cotidiano y el poeta, cuando la voz poética dice “Espacio y tiempo y Borges ya me dejan”.

El espejo es símbolo e imagen de las duplicaciones. El espejo acecha, tiene algo monstruoso (Borges I, p. 431), precisamente porque es el instrumento que pone

de manifiesto la escisión entre la identidad “real” y la reflejada, en que la primera es incapaz de distanciarse de la segunda. El espejo dramatiza esta dualidad, como leemos en “El ciego”, del poemario *La rosa profunda*: “No sé cuál es la cara que me mira / Cuando miro la cara del espejo”. Y en “El espejo”, un poema de *Historia de la noche* vuelve a la misma obsesión:

Yo temo ahora que el espejo encierre

El verdadero rostro de mi alma.

Una coincidencia más entre Stevenson y Borges es que al personaje del primero, el Dr. Jekyll, le asalta la visión aterradora de su doble Hyde al mirarse al espejo, y descubrir que los ojos que allí se reflejan no son los suyos, sino del otro.

Al comienzo hicimos referencia al texto en que Borges da expresión al tema del yo. Es “Borges y yo”, esa viñeta tan bella que nos obliga a citarla:

Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas. Yo camino por Buenos Aires y me demoro, acaso ya mecánicamente, para mirar el arco de un zaguán y la puerta cancel; de Borges tengo noticias por el correo y veo su nombre en una terna de profesores o en un diccionario biográfico. Me gustan los relojes de arena, los mapas, la tipografía del siglo XVIII, las etimologías, el sabor del café y la prosa de Stevenson; el otro comparte esas preferencias, pero de un modo vanidoso que las convierte en atributos de un actor. Sería exagerado afirmar que nuestra relación es hostil; yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda tramar su literatura, y esa literatura me justifica. Nada me cuesta confesar que ha logrado ciertas páginas válidas, pero esas páginas no me pueden salvar, quizá porque lo bueno ya no es de nadie, ni siquiera del otro, sino del lenguaje o la tradición. Por lo demás, yo estoy destinado a perderme, definitivamente, y sólo algún instante de mí podrá sobrevivir en el otro. Poco a poco voy cediéndole todo, aunque me consta su perversa costumbre de felsear y magnificar. Spinoza entendió que todas las cosas quieren perseverar en su ser; la piedra eternamente quiere ser piedra y el tigre un tigre. Yo he de quedar en Borges, no en mí (sí es que alguien soy), pero me reconozco menos en sus libros que en muchos otros o que en el laborioso rasgueo de una guitarra. Hace años yo traté de librarme de él y pasé de las mitologías del arrabal a los juegos con el tiempo y con lo infinito, pero estos juegos son de Borges ahora y tendré que idear otras cosas. Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido, o del otro.

No sé cuál de los dos escribe esta página.

Por lo señalado anteriormente, no nos resulta extraño que entre todos los escritores cuya prosa pondera, cite aquí a Stevenson, el maestro del doble.

Whitman es una presencia permanente en Borges. Lo descubre en Ginebra, en 1917, en una traducción alemana de Johannes Schlaf, y pronto manda a comprar a Londres el ejemplar en inglés. Whitman se convierte en el arquetipo del poeta. Influyen sobre Borges las largas enumeraciones whitmanianas, la fascinación de las figuras retóricas, el impulso hacia la experimentación. Le dedica ensayos. En una reseña de la traducción de León Felipe de “Song of Myself”, que publica en *Sur* en enero de 1944, sostiene que el español no traduce, sino “calumnia” al poeta estadounidense. Luego, en 1969, quizá para hacerle justicia, él mismo traduce “Canto de mí mismo” y partes de “Hijos de Adán”, “Cálamo”, “Riachos de otoño” y “Cantos de despedida” para un volumen publicado en Lumen (Barcelona).

Al escribir sobre el poeta estadounidense en 1932, Borges prefigura lo que dirá en “Borges y yo” 28 años después. La maravilla de Borges es que todo lo que vendrá después ya está dicho en sus primeras poesías, en sus primeras prosas. Es de una coherencia alucinante. “Borges y yo” ya está en “Nota sobre Walt Whitman”, de *Discusión* (1932, Borges I, 249-53), donde sostiene que en Whitman conviven el

hombre de letras y el héroe semidivino de *Leaves of Grass*. Igual que en el caso de “Borges y yo”, el poeta estadounidense pasa “del orbe paradisíaco de sus versos a la insípida crónica de sus días”, lo que constituye “una transición melancólica”. En Whitman hay dos hombres, “el amistoso y salvaje y el pobre literato que lo inventó”, uno “casto, reservado y más bien taciturno”, y otro “efusivo y orgiástico”.

En “Nota sobre Walt Whitman” el maestro argentino usa un tipo tradicional de doble, o doppelgänger, el que se corresponde con el de “William Wilson” o *Dr. Jekyll and Mr. Hyde*, es decir, un hombre en cuya personalidad conviven dos hombres, o un hombre con dos facetas, dos vidas, una doble identidad. En el caso de la viñeta poética de Borges, una es la del hombre común, el de todos los días, y la otra la del escritor famoso, que viaja por el mundo y cosecha honores. Éste le es ajeno al hombre cotidiano. Pero con Whitman se da otra forma de desdoblamiento, un desdoblamiento doble –valga la redundancia– porque es de Borges hombre y Borges poeta, por una parte, con Whitman hombre y con Whitman poeta, por la otra. Esto es algo que puede suceder con el traductor, que en ocasiones especiales se compenetra de tal forma con el autor a quien traduce que parece fundirse con él, a tal punto que podría decir, con Rimbaud, “yo soy el otro”. En estos rarísimos casos, la traducción logra un grado increíble de excelencia, debido precisamente a la identificación, una especie de posesión, ojalá no satánica. Hay un poema que escribe Borges sobre Whitman en que ambos se funden en uno solo. Ambos habitan una vivienda modesta, Borges hombre el apartamento de dos dormitorios de la calle Maipú, y Whitman hombre el de la calle Mickle, en Camden, Nueva Jersey, es decir, Borges hombre y Whitman hombre, porque Borges poeta y Whitman poeta habitan el Olimpo.

106 107

Es tan grande la identificación entre Borges y Whitman, que en su poema sobre Whitman, titulado “Camden, 1892” (de *El otro, el mismo*, 1964), Borges podría muy bien estar escribiendo sobre sí mismo:

El olor del café y de los periódicos.  
El domingo y su tedio. La mañana  
Y en la entrevista página esa vana  
Publicación de versos alegóricos  
De un colega feliz. El hombre viejo  
Está postrado y blanco en su decente  
Habitación de pobre. Ociosamente  
Mira su cara en el cansado espejo.  
Piensa, ya sin asombro, que esa cara  
Es él. La distraída mano toca  
La turbia barba y la saqueada boca.  
No está lejos el fin. Su voz declara:  
Casi no soy, pero mis versos ritman  
La vida y su esplendor. Yo fui Walt Whitman.

## Bibliografía

- BORGES, J. L.: (1989) *Obras completas*. Tomo I. Emecé, Buenos Aires.  
(1989) *Obras completas*. Tomo II. Emecé, Buenos Aires.  
(1989) *Obras completas*. Tomo III. Emecé, Buenos Aires.  
(1999) *Borges en Sur. 1931-1980*. Emecé, Buenos Aires.
- COSTA PICAZO, R.: (2001) “Dos poetas: Borges y Whitman”, pp. 97-118, en *Borges: Una forma de felicidad*. Fundación Internacional Jorge Luis Borges, Buenos Aires.
- POPE-HENNESSY, J.: (1975) *The Two Stevensons*. Simon & Schuster, New York.